

baba con todo una revolución de sus súbditos hambrientos é irritados por el desengaño. Todo induce á creer que el emperador alemán, viendo fracasados sus planes de conquista, querrá concertar cuanto antes la paz, para poder prepararse de nuevo é insistir dentro de algunos años en la realización de sus sueños.

Claro es que los aliados no serán tan estúpidos que no vean en una paz así un arreglo transitorio, una pausa para que Alemania se reponga y redoble dentro de algún tiempo el ataque. Por lo tanto, si Alemania quiere en breve la paz, no le será otorgada sino en condiciones tales que no pueda constituir nunca más un peligro para la paz del mundo, y si Alemania no acepta estas condiciones, la guerra continuará hasta que se las imponga la fuerza. Las circunstancias no son, pues, para que Guillermo II se crea todavía un Atila. Un hombre menos visionario y megalómano que él tendría ya suficientes motivos para temer que su Imperio, lejos de alcanzar las fronteras del de Atila, pase á manos de sus hijos mucho más reducido de lo que él lo recibió, y para temer, sobre todo, que su fin no sea el idílico de Atila, muerto en brazos de una hermosa doncella goda la misma noche de sus nupcias. Atila no tuvo la desgracia, como Napoleón y como el mismo Guillermo II, de que en su tiempo hubiese un Imperio británico. Acaso por eso se libró de una Santa Helena.

IV

El recuerdo de Bismarck.

Nació Bismarck el 1.º de Abril de 1815 y murió el 30 de Julio de 1898. El centenario de su nacimiento coincide con circunstancias profundamente críticas para la obra de su vida. La Alemania que él creó está empeñada ahora en una lucha de vida ó muerte. Con qué amargura le recordará la inmensa mayoría del pueblo alemán, que nunca creyó en las glorias prometidas por Bismarck hasta que las vió realizadas. Cuando estaba allí el hombre para dar cima á una vasta política de engrandecimiento nacional, el pueblo se opuso tenazmente á ella; ahora, que falta el hombre, el pueblo se ha entregado con loco frenesí á la más vasta, á la imposible política de construir á culatazos un Imperio mundial. He ahí una de las más hondas tragedias que registra la historia.

De haber vivido y gobernado Bismarck, los ale-

manes pensarán con tristeza que el triunfo hubiera sido rápido, fulminante, como en 1866 sobre Austria y en 1870 sobre Francia; de haber vivido y gobernado Bismarck, el resto del mundo pensará con melancolía que esta guerra europea no hubiera estallado en 1914. Por esto el mundo entero verá este centenario con pesadumbre; los unos, porque asocian el nombre de Bismarck á la idea del triunfo seguro é inmediato; los otros, porque lo enlazan á la idea de la paz europea.

Ambas posibilidades cabían en aquel magno estadista; de existir y gobernar, hubiera sido capaz de haberse señoreado de Europa en una guerra gigantesca é inesperada; pero cuando se recuerda su política, que no consistió sino en mantener separados á los pueblos y herirlos uno á uno en el momento más propicio, parece probable que jamás hubiera provocado una guerra como ésta, con tantos y tan formidables enemigos enfrente y con tan pocos y débiles amigos al lado. Bismarck era la fuerza, pero también la prudencia; el talento agresivo, pero también el talento diplomático. Sus infaustos herederos han creído poder continuar su política de agresión porque contaban con la fuerza; mas sin darse cuenta de que les faltaba el talento político, que es, en último término, el único que crea y engrandece á los pueblos. No ha habido gran capitán que no fuera al mismo tiempo gran estadista.

La obra de Bismarck, como toda obra grande, encierra una antinomia; esto es, lleva en sí su germen aniquilador. Hasta constituir la unidad alemana, su acción es libertadora. Cuando él llega, Ale-

mania no existe aún. Es un mosaico de numerosos y pequeños Estados, regidos por un particularismo disgregante. No hay entre ellos idea alguna de comunidad; no la hay, en rigor, ni entre los individuos que componen oficialmente cada Estado. En fuerza de atomizarse, el individuo alemán es una criatura mísera, sin personalidad política y sin holgura económica. Pobreza espiritual y pobreza material: esa es la doble característica de los alemanes al advenimiento de Bismarck.

El remedio era la unidad, la idea de comunidad. En este sentido, la obra bismarckiana fué libertadora. De un conglomerado de Estados fantasmagóricos y de individuos dispersos, hizo una nación poderosa, animada del mismo espíritu colectivo, compuesta de partes que funcionaban coordinadamente, como piezas de relojería. Fué el gran mecánico de la nación alemana. Para montar su máquina, confiriendo el eje á Prusia, tuvo que destruir la hegemonía de Austria sobre los Estados germánicos mediante una guerra, la de 1866, y mediante otra guerra, la de 1870, vencer la oposición que Francia presentaba al proyecto de un Imperio alemán. De esas dos guerras, preparadas y llevadas á cabo con profundo talento político, más necesario que el militar, brotó este admirable mecanismo de la Alemania contemporánea.

Pero no era más que un mecanismo. Bismarck había creado la idea de nación, pero había destruído la idea de individuo; de un montón de individuos, apáticos ó rebeldes á toda idea colectiva, hizo una comunidad en que nadie se sentía individuo, personalidad libre. Para Bismarck no existían los

individuos; á sus ojos no eran más que piezas mecánicas, indispensables para la construcción y consolidación del Imperio. Lo mismo le daban rojos que blancos, azules que negros. Si los jesuitas le molestaban en su obra de buen relojero, compraba contra ellos el apoyo de los demás partidos al precio de cualquier ley que les fuera grata. Á veces luchaba con los católicos contra los socialistas, ó con los socialistas contra los católicos, ó con los agrarios contra los industriales, ó con los industriales contra los agrarios. Desconocía todo criterio moral. Y lo más grave es que poco á poco los individuos se acostumbraron á vivir sin personalidad, á no ser más que simples ruedas en el engranaje de la nación. De esta suerte se fué preparando la catástrofe de esta guerra. Los individuos asistieron al proceso de su elaboración con la misma falta de espíritu crítico que caracteriza á las partes de una maquinaria; á cargo del relojero ó relojeros quedaba la tarea de su dirección y destino; las piezas se sentían felices con desarrollar la máxima eficacia en sus puestos respectivos. En suma: Bismarck creó la nacionalidad alemana, pero á expensas de la personalidad de los alemanes; formó una comunidad poderosa, pero anulando la autonomía de sus individuos.

Sólo Bismarck podía manejar, conservar y aun agrandar el mecanismo que él había engendrado. Sus sucesores, al lanzarse en busca de nuevas piezas para engrandecerlo, lo han hecho con tan mala fortuna, y de tal modo han provocado el espíritu de conservación de casi toda Europa, que el viejo mecanismo bismarckiano aparece amenazado en

estos momentos de inevitable descomposición. No habrá que lamentarlo. Bismarck fué un gran estadista extensivo, cuantitativo, mecanicista. Libertó á los alemanes de su individualismo molecular; pero los esclavizó como elementos sociales. Su obra fué una necesidad histórica; pero la realidad que creó, esta Alemania de ahora, está necesitada de una reacción radical: de una acción intensiva, cualitativa, orgánica. Esto sólo puede emanar de su derrota. La derrota será la salvación de Alemania. Las piezas humanas dejarán su condición mecánica y recobrarán su individualidad, su personalidad social. El mecanismo se trocará en organismo. El mundo conservador creado por Bismarck, con sus dos polos de fuerza y dominio, se transformará en un mundo que gire sobre un eje de libertad. En ese mundo, la idea de sociedad y la idea de individuo llegarán á la admirable armonía alcanzada en democracias como Francia, como Inglaterra, como los Estados Unidos. Alemania será entonces más limitada por fuera en su poderío material, en sus ambiciones territoriales; pero más grande, más fuerte, más dominante por dentro en el espíritu de sus individuos y de sus instituciones sociales. Todos amarán entonces á Alemania sin temerla. no como hasta hoy, que se la temía sin amarla. Y si de la derrota surgiese un Bismarck liberal, diría seguramente que la derrota había sido necesaria para el progreso interior espiritual de Alemania.

V

El alma en pena de Fichte.

Werner Sombart figura entre los economistas más eminentes de Alemania y su carrera de profesor ha sufrido graves tropiezos á causa de sus ideas económicas poco ortodoxas. Fué uno de los primeros en proclamar el genio de Marx desde su cátedra cuando el nombre del gran pensador socialista era una blasfemia en los centros académicos de Alemania. Sombart ha sido como un puente entre la escuela histórica y la escuela socialista. Sus estudios del capitalismo moderno quedarán en la ciencia contemporánea como monumentos de investigación histórica é intuición social. Había motivos para esperar de un hombre así un grado de serenidad y de justicia superior al de la caterva de escritores y políticos que no pueden elevarse sobre las pasiones é influencias ambientes del momento. No dudábamos de su patriotismo, que es el anhelo íntimo y

universal de engrandecer al propio país, para que en él el hombre alcance su máxima libertad interior; pero no sospechábamos que cayese en el patriotismo, que es un sentimiento falso inspirado por el deseo de halagar los más innobles instintos de la plebe, especialmente la de levita.

He aquí cómo la guerra ha trastornado la cabeza de este hombre. En el *Berliner Tageblatt* del 2 de Noviembre publicó un artículo juzgando á los enemigos de Alemania.

“Los serbios y los japoneses - decía - producen más bien un sentimiento de repulsión y desagrado, y no puedo librarme del pensamiento de que se profanan las nobles armas que se emplean contra tales gentes. A los serbios los conocemos sólo como colocadores de ratoneras y como estudiantes, y, además, los conocemos también por la indecible é inmundicia historia de sus gobernantes.”

Sombart no sabe más que esto de los serbios. Nada sabe de su lucha de siglos, titánica, única en la historia moderna, por sobrevivir como pueblo bajo la devastadora invasión turca. Hoy son los turcos los aliados de Alemania, y acaso se olvide Sombart de aquellos siniestros siglos medioevales, cuando Europa entera estuvo amenazada por el régimen del Korán y de la media luna. En la contención de aquella ola bárbara, que estuvo á punto de sumergir en su elemento asfixiante á toda la civilización europea, el pueblo que más sufrió con sus embates mortíferos y que más hizo porque se estrellase en las murallas del Imperio de los Hapsburgos fué el serbio. Su supervivencia y su renacimiento nacional es uno de los grandes milagros

históricos. Si hubo y hay crímenes, los serbios los aprendieron en la escuela de sus tiranos, los turcos, este pueblo que, á juicio de Sombart, por lo visto, no denigra las armas que le atacan.

“Con los japoneses—proseguía el economista alemán - hemos tenido mucho que hacer como profesores de Universidad; antes de la guerra, nunca llegué á mirarles del todo como hombres, sino como semimonos extraordinariamente curiosos. Es difícil tener hacia ellos ningún sentimiento de bondad. Ciertamente es que no podemos odiarlos. Uno no odia á los sapos que saltan bajo los pies en la calle. Uno se contenta con echarlos fuera.”

¿Qué decir de este lenguaje? El renacimiento material del Japón, su progreso cuantitativo, imperialista, podrá no merecer todas nuestras simpatías y acaso sea justo considerarle como un nuevo factor inquietante en el reparto anárquico del mundo. Pero ciertamente no se le elimina con una sarta de groserías, tanto más injustas cuanto que el pueblo de donde proceden, la Alemania moderna, no se diferencia esencialmente en nada del Japón; la misma avidez materialista les identifica y acaso al decir esto infiera un agravio al Imperio asiático.

Pero el odio grande de Alemania, según Sombart, está reservado para Inglaterra. “La guerra que sostenemos, la sostenemos contra Inglaterra.” “Si le otorgáramos á Inglaterra una paz noble, creo que arrastraría aún al pacífico pueblo alemán á la revolución.” “No; me parece que el odio espontáneo y elemental contra Inglaterra está arraigado en los fundamentos más hondos de nuestra existencia. Allí donde las circunstancias razonables no tienen voz,

donde sólo gobierna lo irracional, los sentimientos instintivos." Baste con esto. Otros artículos ha escrito Sombart explicando más detalladamente aún el odio contra los ingleses y supongo que juzgando al resto de los enemigos de Alemania. No los he leído; pero lo transcripto es suficiente para que cuando coja de nuevo sus libros de Economía, en días más serenos, sienta una gran tristeza. Me parecerán hermosos, como siempre; pero á través de ellos, corrompiéndolos, veré el alma envenenada de Sombart.

Pero esta incapacidad de los alemanes de comprender y respetar al resto del mundo, comprensión y respeto que son la base de todas las sociedades humanas, y sin las cuales sólo se puede vivir entre la tiranía y la revolución ó la guerra, como ocurre ahora, no han sido sólo los extranjeros en señalarla. Algunos alemanes la han visto y han tenido el valor de denunciarla. En el *Lokal Anzeiger* de Berlín, del 18 de Noviembre, hay un extracto de una conferencia dada por el profesor Lamprecht, de la Universidad de Leipzig, acerca de la "cultura alemana y el futuro". Hablando de los ideales alemanes, "no tuvo reparos - dice el periódico semi-oficial - en manifestar los defectos de la educación alemana, en censurar la falta de comprensión de la naturaleza de los pueblos extraños y en establecer el postulado siguiente: echarse de lleno en el pensar de la nación extranjera. Presentó (muy oportunamente) el ejemplo de Turquía, donde un verdadero trato había dado el éxito apetecido". Y he aquí las palabras textuales con que concluyó su conferencia:

"No hay ningún pueblo que no haya recibido sus dones especiales y que no ocupe su lugar en la economía de Dios. Si el siglo XIX fué un siglo criminal de despedazamiento contra las pequeñas naciones, en el siglo XX debe dominar la cultura alemana."

No sabe uno de qué sorprenderse más en este breve extracto: si de la penetración del historiador alemán en ver los defectos nacionales, ó del método absurdo que aconseja para corregirlos. Por una parte, los alemanes deben convencerse de que todo pueblo tiene una individualidad digna de todos los respetos y de que el siglo XX debe distinguirse del XIX por su respeto á las pequeñas nacionalidades; por otra parte, hay que imponer en el siglo XX la cultura alemana al mundo, aunque no la quiera, por amor á su individualidad, y aunque haya que acabar con todas las nacionalidades, grandes y pequeñas. La actitud de Lamprecht hubiera sido admirable antes de la guerra para impedirla, ó ahora, para condenarla, ó después, para evitar que Alemania la repita; pero justificar la guerra en nombre de la torpeza psicológica de los alemanes y en nombre de los derechos de las pequeñas nacionalidades es una contradicción que estaría preñada de gracia si no fuese tan sangrienta. Está visto que ningún alemán, por inteligente que sea, puede ver toda la torpeza de su país; sus ojos no llegan á ver más que la mitad.

También en el *Lokal Anzeiger* del 6 de Noviembre se encuentra una corta noticia de una conferencia dada por el *Geheimrat* Hermann Cohen, "el conocido filósofo", sobre "Lo peculiar del espíri

alemán". Por ella vemos que habló del nacionalismo y del idealismo y que recordó lo que Kant colocaba en su ética por encima de todo; en lugar del hombre, la Humanidad. La brevedad y obscuridad de la noticia no nos explica la actitud de Cohen ante la guerra. Quizás sea Cohen, "el conocido filósofo", uno de los pensadores alemanes más independientes, y es de dudar que en su alma de judío y de continuador de los grandes clásicos halle simpatías este crimen de su país. Pero ese título de *Geheimrat* (consejero privado) es sospechoso, y es de temer que haya ganado su voluntad, si no la causa de Alemania, por lo menos el oficialismo alemán.

Raro es el escritor ó profesor alemán que en esta hora trágica no trae á cuento el gran nombre de Fichte. Cada uno de ellos se imagina ser una reencarnación de Fichte y sueña con legar á la historia unos nuevos "Discursos á la nación alemana". Pero su *fichtismo* descansa en la cómoda convicción del triunfo é invita á sospechar que si los cosacos estuvieran en Berlín, ninguno de estos héroes de pluma y tinta se atrevería á escribir ó pronunciar una palabra, como lo hizo Fichte desde su cátedra, entre el estruendo de las tropas napoleónicas. Fichte condenó al invasor, y estos émulos suyos le ensalzan y colman con los tributos retóricos más serviles. El alma de Fichte espera aún la reencarnación, por lo menos en Alemania. Su *Deutschtum*, humano, grande, no es el de estos corifeos de la cultura alemana.

VI

Wundt ó la Ciencia sin ojos.

El 10 de Septiembre pronunció Wilhelm Wundt un discurso en la Alberthalle, de Leipzig, de cuya Universidad es profesor, y luego lo publicó en folleto, del cual tengo un ejemplar ante la vista. Wundt es uno de los hombres más venerables de Alemania. Sus obras de Psicología y Filosofía han ensanchado el vasto edificio de la Ciencia y su nombre quedará para siempre en los anales del pensamiento. Con viva curiosidad he leído su folleto, no sólo por tratarse de una obra de Wundt, una obra, por lo tanto, que uno espera hallar pletórica de conocimientos y sugerencias ideales, sino en la confianza de que el formidable investigador aplicaría á la realidad histórica el poder de su sentido crítico y de su intuición y nos diese un concepto independiente, elevado, de la guerra. Alemania pasa por una crisis desoladora: parece como si la guerra hu-

biese privado á la nación entera de toda norma moral y de toda visión crítica. La unanimidad con que han aceptado y defendido la guerra todas las capas sociales de Alemania es un fenómeno más aterrador que admirable. Ella revela un caso de repentina estupidez colectiva, pues no vale decir que todos los alemanes han hecho un examen sereno de los orígenes de la guerra, que han descubierto la verdad histórica y se han convencido críticamente de la justicia de su causa. Nunca se aceptó universalmente una verdad—ni siquiera una verdad físico-matemática, cuando más una verdad histórica—con la rapidez del rayo, sin disputa, sin discusión. Hay rusos que dudan de la justicia de la causa rusa; ingleses, que niegan la santidad de la causa inglesa; franceses, que tienen censuras contra la causa francesa. Aún estamos esperando que surja el primer alemán disidente y que proclame la injusticia de la causa alemana.

Wundt era una esperanza. La independencia de su pensamiento, su glorioso nombre, inmune contra todo atentado posible, sus muchos años, á los cuales nadie teme malograr su carrera, su vida de biblioteca, á la cual parece que no debieran llegar los gritos hostiles de la plebe callejera ni los anatemas de la plebe cortesana, todo esto hacía de Wundt uno de los pocos hombres de Alemania capacitados para encararse con la guerra sin miedo, sin reservas mentales.

Su discurso *Sobre la verdadera guerra*, lejos de ser un sumando más en la inmensa obra de Wundt, es un considerable sustraendo. Comienza con la definición que Fichte —el obsesionante— daba de la

guerra. "Una guerra verdadera —decía— es aquella que un pueblo acepta contra un enemigo que quiere robarle su libertad y su independencia." Según Wundt un pueblo no es libre en tanto que otros pueblos circundantes le molesten con sus envidias y celos. Declarar, pues, la guerra á los envidiosos es embarcarse en una guerra justa, es combatir por la libertad y la independencia. A esto se reducen todas las razones que da Wundt sobre la justicia de la causa alemana: una simple apreciación psicológica, la creencia en la envidia ajena. Pero ¿sería posible la vida colectiva, de individuos ó de pueblos, si cada uno hiciese la guerra á los demás fundándose en meros cálculos psicológicos? Son pocos los hombres que no se creen envidiados por los dones, reales ó supuestos, que la pródiga naturaleza vertió sobre ellos. Supóngase que uno de estos hombres, no sintiéndose libre, á causa de la envidia ajena, matase á uno de los supuestos envidiosos y que se defendiese ante sus jueces con la teoría de Wundt. Acaso se le absolviese; pero no por inocente, sino por loco ó estúpido.

Pero el mismo Wundt, después de entrar en su discurso de la mano de Fichte, le suelta con presteza al recordar que no le sirve su compañía para proseguir su excursión imperialista por el mundo de la oratoria. Fichte tenía un concepto cualitativo del Estado. El no quería un estado sin límites, como es el ideal cuantitativo moderno; su Estado no era el Imperio Universal, sino un Estado de fronteras fijas, y dentro de él, sin límites internos, el espíritu del hombre alcanzando pacíficamente su plenitud. Para Fichte, la máxima realidad social era el indi-

viduo, y el máximo ideal, la perfección del hombre. Testigo de la invasión napoleónica, comprendió que un pueblo no puede ser libre sin independencia; pero no supuso por un momento lo contrario: que para ser libre é independiente hay que atentar contra la libertad é independencia de los demás, que es el criterio imperialista. Fichte era idealista; esto es, antiimperialista; buscaba la grandeza del hombre dentro de sí mismo, y no en la conquista de extensos territorios y en el sometimiento de pueblos extraños. Fichte, que defendió á Prusia contra Napoleón, está hoy junto á Serbia y Bélgica, y aunque todavía usen los alemanes sus palabras, el espíritu les es extranjero. Hasta Wundt lo reconoce. "Pues el mismo Fichte—dice—, que había predicado como un sagrado deber la lucha contra el conquistador extranjero, había escrito unos años antes una obra (1) sobre el Estado, en la cual ensalzaba como ideal del futuro un Estado cerrado en sí, nacional, limitado á sí mismo en ciencia y comercio, en derecho y costumbres, un Estado cuyos ciudadanos sólo debían participar en el tráfico del mundo mediante la competencia en el arte y la ciencia. Tales ideales, en los que se refleja la vida limitada del pueblo alemán de aquella época, se han desvanecido hoy para siempre." De este modo, Wundt salta del motivo psicológico de la envidia á la ambición imperialista de ensanchar las fronteras nacionales y de competir con el resto del mundo en algo más que en la ciencia y el arte: en la fuerza mecánica, peor que bruta, de los ejércitos y las escuadras.

(1) *Der geschlossene Handelsstaat.*

Los argumentos de la envidia y de la necesidad imperialista debieran ser, si de ello depende la libertad é independencia de un país, motivos suficientes para hacer la guerra. La situación de Alemania sería más airesa si dijese que ella hizo la guerra, pero que la obligaron la envidia ajena y el propio imperialismo. Lo ridículo es haber provocado la guerra, argüir motivos justificantes y á continuación declarar que otros la provocaron. Esto es lo que hace Wundt. ¿Quién duda del pacifismo de Alemania? "Los alemanes han suministrado pruebas tan evidentes de que quieren la paz que hasta nuestros enemigos no pueden negarlas." ¿Quiéren ustedes conocer una de estas pruebas, la única que da Wundt? He la aquí: ¡que hasta los golfillos callejeros de París cantaban canciones de burla contra el espíritu pacífico del Kaiser!

El autor de la guerra es Eduardo VII, cuyo albacea político, Edward Grey, ha rematado lealmente la obra del difunto monarca británico. Wundt nos revela que Grey obró de mala fe al proponer la conferencia que arreglase el conflicto austro-serbio, pues entonces era ya inevitable la guerra, y la proposición sólo tenía por objeto dar tiempo para que movilizasen rusos y franceses. ¿Por qué era entonces inevitable la guerra? No lo dice el profesor de Leipzig. Wundt está persuadido de que Inglaterra quería aniquilar á Alemania. Tiene también pruebas, pero no da más que una: el discurso apócrifo de John Burns...

Sin embargo, la guerra con el pueblo inglés, de la misma raza, le parece tan horrenda á Wundt, que exclama: "Frente á eso, ¿qué nos importan los